

CAPÍTULO VII

EL GOBIERNO NACIONALISTA DE TORRES

1 ANTECEDENTES

Los gobiernos nacionalistas de Ovando y de Tórres pueden ser calificados como burgueses de izquierda, democratizantes y obreristas, en esta medida se diferencian de los regímenes de Barrientos y de Bánzer, de esencia gorila y fascizante. Ambos extremos no pasan de ser diversas expresiones de la clase dominante y los golpes de Estado que protagonizan sólo constituyen revoluciones políticas. La clase obrera subrayó su propia fisonomía, sus aspiraciones y su política independiente, al afirmarse frente a estos ensayos nacionalistas. Para ella se trataba de continuar la línea de diferenciación política con los sectores burgueses que se reclaman antiimperialistas, iniciada ostensiblemente durante el gobierno movimientista de Hernán Siles Zuazo. En este hecho radica la importancia de la experiencia del gobierno Tórres, que forma parte de la misma estructuración de la clase. Nuevamente se demostró que cuando se agotan políticamente los partidos nacionalistas civiles son los grupos castrenses los que pugnan por ocupar su lugar, intentando cumplir a su modo las tareas democráticas pendientes, es decir, impulsando el desarrollo capitalista independiente. No resulta sorprendente que estos ensayos nacionalistas hubiesen, vuelto a fracasar, eso sí no se olvida que el período 1952-64 probó la incapacidad de la burguesía nacional para poder cumplir las tareas que históricamente le correspondían. Ninguno de los ensayos castrenses de nuestra historia ha podido ir más allá de lo hecho y dicho por el nacionalismo de contenido burgués encarnado por el MNR. No es casual que todos ellos se reclamen de la revolución nacional y del antecedente de Villarroel.

La diferencia de mayor volumen entre los gobiernos de los generales Ovando y Tórres y los del MNR de la primera época, particularmente de Víctor Paz, no se encuentra en el hecho de que los primeros lucían casacas militares y los otros no, sino en que los generales nacionalistas no pudieron reeditar el sorprendente caso de la popularidad movimientista, que contó con el apoyo multitudinario de obreros y campesinos, popularidad que constituía un factor más que podía coadyuvar al cumplimiento del proceso democrático. Los regímenes castrenses de izquierda se agotaron en gran medida en su terco empeño por ganar el apoyo popular y por arrastrar detrás de sí a sus compañeros de armas. El MNR tuvo la ventaja relativa de actuar inicialmente cuando el ejército estaba ausente del escenario.

Una parte de la izquierda, que en alguna forma tenía algo que ver con los explotados, se empeñó a fondo en su afán de demostrar, o difundir bulliciosamente, su tesis en sentido de que el nacionalismo castrense constituía, más que ningún otro, una postura que era preciso diferenciarla tanto del capitalismo como del comunismo, es decir, que actuaba por encima de toda referencia clasista, aunque conservando sus rasgos populistas. Estos izquierdistas pusieron todas sus energías al servicio del propósito de empujar a las masas hacia las trincheras del oficialismo, en esa medida actuaron en contra de los intereses históricos de la clase obrera, contribuyeron a hacerle perder su independencia política y en cerrar las puertas a todo posible acceso al socialismo. Dicho de otra manera, se movieron buscando perpetuar el régimen de la propiedad privada mediante su perfeccionamiento, que no otra cosa es el capitalismo de Estado, por ejemplo. Si tenemos en cuenta que en nuestra época de desintegración del imperialismo, es la referencia de la destrucción de la propiedad privada la que nos permite considerar si una posición es o no revolucionaria, se tiene que concluir que la teoría del "nacionalismo marxista" era reaccionaria.

La postura más peligrosa, esto porque su revisionismo podía penetrar en la misma izquierda que se reclamaba de las posiciones marxistas consecuentes y del programa revolucionario de contenido clasista, era aquella que sostuvo la posibilidad de que desde dentro del gobierno nacionalista se podía contribuir, de manera decisiva a su evolución nada menos que hasta el socialismo, que así ya no sería necesario fijarse como objetivo la lucha por la constitución del Estado obrero. Este planteamiento en sentido de que el Estado burgués puede transformarse gradualmente en su contrario, todo dentro del marco democrático, partía del convencimiento de que la opresión imperialista nivela a todas las clases, les hace perder todas sus diferencias, de manera que sólo el renunciamiento a la propia diferenciación clasista podía dar fortaleza al antiimperialismo y no debilitar al frente nacional, uno de los pivotes indispensables para hacer posible la liberación nacional, objetivo insoslayable.

De esta manera, uno de los grandes problemas de la lucha revolucionaria de nuestra época superó los límites de la pura discusión teórica para convertirse en eje de la actividad práctica de las masas. No se trató únicamente de una afirmación del marxismo frente a una de las muchas expresiones del nacionalismo de contenido burgués, sino del avance del proletariado en el camino de su formación de clase, de la evolución de su conciencia y de consolidación de su independencia política.

Los numerosos planteamientos que fueron hechos partieron de la inviabilidad o no de la revolución democrático-burguesa, esto para usar una designación tan del agrado del stalinismo, arsenal ideológico del nacionalismo burgués, en definitiva, no en vano ofrece recalentado el plato menchevique. Por un lado, esto contribuyó a fortalecer los planteamientos teóricos y políticos que coincidían con la estrategia de la clase obrera, pero cuando las ideas que venían de la fuente primigenia de la revolución permanente penetraron en la ideología del stalinismo coadyuvaron en mucho a desfigurar el rol de la izquierda en general y del Partido Comunista en particular; la radicalización de éstos permitió alentar en el seno de las masas e inclusive en las capas más rezagadas del trotskismo, la ilusión de que nuestro PCB tenía todavía algo que ver con la revolución, que la presión de las masas lo convertiría en uno de los elementos de la dirección del proceso de destrucción del capitalismo. Lo que en realidad sucedió fue que la poderosa presión de las masas obligó al stalinismo a adoptar posiciones insospechadas para él, lo que de ninguna manera importaba que se hubiese trocado en revolucionario. Este proceso determinó que se agravase en extremo la confusión acerca de cuál era el verdadero partido revolucionario, que ciertamente sólo puede ser uno de los de izquierda, el que programáticamente expresa los objetivos estratégicos del proletariado, y no todos ellos. De esta manera se puso en pie uno de los obstáculos que retardó en cierta manera un mayor avance de la conciencia de clase que, como siempre, concluyó actuando como un serio escollo en el camino del proceso revolucionario.

Esta vez los explotados no fueron únicamente el sujeto de las especulaciones de los teóricos y de los líderes izquierdistas, sino que se movieron como los protagonistas que, con ayuda de su práctica, tuvieron a su cargo probar la validez o no de las postulaciones del "nacionalismo marxista" o revolucionario, contribuyendo así a configurar la verdadera fisonomía de la política revolucionaria de ese momento y también de la posterior. Se trata, pues, de uno de los períodos más fecundos no sólo para los trabajadores sino para la revolución en su conjunto y para la misma teoría revolucionaria. Todo gobierno nacionalista, entre nosotros encarnado en las expresiones política de la pequeña burguesía pero llamado a intentar la materialización de los grandes objetivos de la burguesía nacional, constituye siempre la piedra de toque de la teoría y de la política de los partidos "izquierdistas" y particularmente de los que se dicen marxistas. Esto es así porque en un país atrasado el problema fundamental consiste en saber qué clase social es capaz de cumplir las tareas democráticas, que el nacionalismo considera que constituyen su propio contenido, La respuesta que se da lleva ya implícita la naturaleza de la relación entre el proletariado y la nación oprimida, una cuestión capital en el proceso de formación de la conciencia de clase y del partido revolucionario.

La accidentadísima historia del proceso de transformación de Bolivia se resume en la estructuración de su teoría revolucionaria, constituyendo sus ingredientes más valiosos el pensamiento y acción del partido político. En lo que se refiere a la formación de la clase obrera, el hecho más importante es su liberación en el seno de la nación oprimida, que es tanto como decir su diferenciación del resto del conglomerado oprimido por el imperialismo, para que luego pueda aquél liberarla, consumir la liberación nacional, que sólo puede ser consecuencia de que devenga caudillo de las clases mayoritarias no proletarias. La afirmación clasista frente al nacionalismo de contenido más osado y obrerista adquiere este significado trascendental. La lucha de los explotados contra el radicalizado régimen torrista, cuanto más radicalizado más sugerente esa actitud, tuvo ese sentido.

El nacionalismo popular sostiene que en el momento de la realización de las tareas democráticas, que exigiría una granítica unidad de las clases mayoritarias, no le está permitido al proletariado enarbolar sus propias tareas y mucho menos su estrategia. Esta consigna, que aparentemente correspondería a un análisis científico de la realidad nacional, le ha servido a la política burguesa para engrillar a los explotados por mucho tiempo, para ungirlos a su carro triunfalista. Para la clase obrera diferenciarse ha significado vencer este tabú, oponer su propia ideología, vale decir, su estrategia, a la ideología burguesa por muy avanzada que ésta fuese, pero burguesa al fin, defensora de la propiedad privada de los medios de producción y de la insoslayable explotación del proletariado. Desde este punto de vista no dice nada sostener que "el gobierno de Tórres fue muy izquierdista", como gustan afirmar los "izquierdistas"

democratizantes. Surge la primera interrogante: ¿"muy izquierdista" con referencia a qué y a quién? Ciertamente que muy izquierdista con referencia a Ovando y mucho más si se lo compara con Bánzer, por ejemplo. Pero derechista si se hace el paralelo entre lo que propuso y lo poco que hizo con las metas que señaló el radicalizado movimiento de masas y que va a tener su cabal expresión en la Asamblea Popular.

El enfrentamiento insoslayable y cotidiano con un fenómeno social, una idea política, filosófica, en fin, un gobierno, etc., permite comprender que siempre pueden ser y son juzgados desde puntos de vista extremos y antagónicos, actitudes que tienen relación estrecha con los intereses divergentes de las clases sociales; esto es inevitable porque el objeto de la crítica se encuentra inmerso en la lucha de clases, a veces es su producto y siempre sufre sus consecuencias. Las respuestas que puedan darse están ineludiblemente teñidas de contenido de clase y por esto son opuestas o por lo menos diversas. No es suficiente decir que algo es criticado, todavía falta añadir desde qué punto de vista clasista son lanzadas las críticas.

El gobierno nacionalista de contenido burgués y los gobiernos populares que genera son de mucha importancia, particularmente para que la clase obrera pueda afirmarse como tal, por eso que su indispensable juzgamiento, que forma parte de la teoría revolucionaria, no puede menos que traducir, en el campo de las ideas, la contradicción fundamental entre imperialismo, que en gran medida usurpa económica y políticamente el lugar de la burguesía nacional, y proletariado, como la expresión cabal y legítima de la nación oprimida.

En el caso concreto del régimen nacionalista de izquierda del general Tórres, de igual manera que de otros gobiernos similares, fue analizado y combatido sin tregua desde las trincheras derechistas e incluso imperialistas, así como desde la izquierda revolucionaria, de la izquierda marxista o proletaria. La definición frente al fenómeno nacionalista resultó imprescindible en el camino de la fijación de posiciones por parte de las descomunales fuerzas que no cesaban de chocar en el escenario nacional. Fácil es comprender que la lucha de clases se concretizó, en cierto momento, en esa apasionada pugna acerca de las posibilidades revolucionarias del nacionalismo: los negadores de la lucha de clases no pudieron permanecer al margen de la influencia decisiva de ésta. El imperialismo y la derecha combatieron sañudamente a Tórres porque lo consideraban totalmente identificado con el comunismo (dictadura del proletariado), como factor que impulsaba a éste hacia el control total del país, cuando apareció la Asamblea Popular, sostuvieron, violentando los hechos, que era nada menos que una creación del oficialismo. En resumen: la derecha lo atacó por muy comunista y revolucionario. La izquierda revolucionaria se puso frente a él porque comprendió desde el primer momento que ese gobierno le cerraba el paso hacia el poder al proletariado, porque no tenía la suficiente capacidad, dada la caducidad de la burguesía nacional, para consumar la liberación nacional o cumplir las tareas democráticas, en fin, porque sabía, partiendo de la importante experiencia histórica nacional y también internacional, que no podría menos que concluir capitulando ante el opresor extranjero y la derecha criolla. Se podía constatar que era por demás evidente su extrema debilidad frente a la impostergable tarea de desmontar el aparato que tenían montado los conspiradores gorilas, no pudo salir en momento alguno del esquema de la unidad y fraternidad entre todos los componentes del ejército, un esquema ciertamente confusionista y que ayudó a los golpistas. La trayectoria de la burguesía nacional, esta vez sintetizada en la tragedia del gobierno Tórres, consistió en su necesidad de encontrar una fórmula que le permitiese gobernar y coexistir junto a la alta jerarquía castrense gorila, que se erige como portavoz de las fuerzas armadas. Los sectores democratizantes no pueden desarrollarse y menos cumplir su programa, porque concluyen totalmente sometidos a la voluntad de los generales, personificación del verdadero poder.

2

EL GOBIERNO DE TORRES Y LA CLASE OBRERA

El débil gobierno de Tórres exteriorizó muchos de los lados flacos de la burguesía boliviana, consecuencia de que no ha podido estructurar, ni siquiera sumariamente, un régimen democrático. Prácticamente se agotó, sin haber logrado éxito alguno, en su intento por arrastrar detrás de sí a las masas, en ese momento extremadamente radicalizadas, y por lograr el apoyo del conjunto de las fuerzas armadas, vale decir, de su alto mando, una cueva de gorilas conspiradores. En tal medida y porque constituía un nuevo intento de realizar las tareas democráticas en el marco capitalista, fue más un propósito que una realidad. Prometió e hizo mucho menos que el general Ovando, tan oscilante entre los polos obrero y derechista,

este último representado por la propia reacción uniformada. Su escasa significación no arranca sólo de su corta duración, sino del hecho de que no contó con un sustentáculo social de alguna importancia, careció de fuerza para materializar sus propósitos, tan difusa y contradictoriamente enunciados, por otra parte.

Llegó al Palacio Quemado dando la impresión de que venía a horcajadas en la cresta del empuje huelguístico, sin que esto signifique que en momento alguno hubiese sido la expresión política de los protagonistas del nuevo ascenso de las masas que se vivía, la prueba la tenemos en que los obreros y el resto de los explotados no se convirtieron en el basamento del nuevo régimen, que no se cansó de manipular un supuesto apoyo popular abstracto, sin delimitación precisa y sin contenido real. Ya en el poder sólo atinó a constituir la Confederación Campesina, la de Genaro Flores, que luego la veremos actuando como una de las tantas expresiones sindicales y políticas del atomizado movimiento del agro en el seno del amplio frente democrático. En ese momento no se contaba ya con los poderosos sindicatos-soviets de campesinos en armas que dejaron su impronta en la realidad política boliviana que siguió a 1952; tampoco había retornado la desesperación de los pequeños propietarios agrarios amenazados con la pérdida de sus parcelas, que fue tan típica después de 1964 y que convirtió a la espada del temperamental general Barrientos en garantía de la persistencia de la liquidación de latifundio, pese a que llegó a ser Presidente por obra y gracia del Pentágono y de la CIA norteamericanos. Desde la postrimerías de los gobiernos movimientistas los sindicatos campesinos dejaron de ser tales, expresión de la voluntad de las masas y marco ampliamente democrático dentro del cual podían éstas expresarse libremente. En los primeros momentos, después de 1952, esas poderosas organizaciones del agro se convirtieron en el basamento de un gobierno popular, que de ahí arrancó el necesario vigor para iniciar el cumplimiento de su programa pro-capitalista; pero como el nacionalismo para poder consumir libremente su profundo viraje hacia las posiciones pro-imperialistas y reaccionarias ya no precisaba de los vigorosos sindicatos-soviets de los hombres del agro, contribuyó a destruirlos, partiendo de la momentánea depresión de las masas, a fin de convertirlos en sus dóciles instrumentos, en rótulos vacíos de todo contenido militante, así nació el caciquismo o éste fue adaptado a las necesidades de los dueños del poder. Tórres, pese a su afán de apoyarse en las masas, no pudo ni siquiera devolver al sindicalismo campesino su vieja pujanza.

El movimiento obrero, representado por los sindicatos y los partidos de izquierda, llegó a 1970 siguiendo las líneas maestras de su propia historia, con sus propias leyes y como parte integrante e inseparable de la estructuración del proletariado como clase. Tórres tenía muy poco que ver con todo esto, pero sí el nacionalismo de contenido burgués en su conjunto, pues la clase obrera se estaba definiendo como tal diferenciándose y oponiéndose a ese nacionalismo, precisamente.

La huelga general de fines de 1969 estuvo dirigida a oponerse al triunvirato que habían constituido los golpistas gorilas y que prácticamente no funcionó. A nadie se le ocurrió declararla para apuntalar a Tórres en su marcha hacia el poder, aunque éste encontró la oportunidad de apoyarse, por lo menos momentáneamente, en esa acción multitudinaria. Los explotados salían de un período dictatorial y de extrema persecución, apenas si habían logrado volver a poner en pie a sus organizaciones gremiales. En cierta medida la declaratoria de la huelga fue un ensayo hecho por los dirigentes sindicales que, a su vez, ejercían funciones políticas; si se tradujo en un éxito sin atenuantes se debió a circunstancias favorables del momento y porque la radicalización de los trabajadores que ya se había iniciado encontró un adecuado canal de expresión. Una prueba de todo esto se tiene en el hecho de que la llegada de Tórres a la Presidencia no contuvo el ascenso de las masas y menos las obligó a tornarse oficialistas, éstas siguieron su marcha, la huelga general las impulsó hacia adelante en la evolución de su conciencia y en la consolidación de su independencia. Concretamente, la huelga general y el nacionalismo de Tórres recorrieron dos caminos diferentes y contrapuestos, esto desde el primer momento y como tendencias políticas claramente tipificadas.

Las actitudes del nacionalismo movimientista y la de Tórres frente al sindicalismo no pueden ser simplemente identificadas. El movimientismo tuvo ingerencia directa en la estructuración de los sindicatos y dejó en éstos sus huellas, que aún ahora son perceptibles. Organizó sindicatos y federaciones, pretendió darles una ideología particular y contrarrevolucionaria, sobre todo durante el gobierno del derechista Hernán Siles Zuazo, movilizó a una parte de la clase obrera para poder más fácilmente aplastar a sus adversarios políticos, por todo esto se esmeró en impedir el desarrollo de una ideología propia de los explotados, buscó por todos los medios imponerles sus propias ideas, que ciertamente no tenían nada de revolucionarias. El marxismo no habría podido contribuir a la formación de la clase trabajadora si no hubiera rechazado y luchado contra estas pretensiones. La historia del proletariado en el período movimientista puede sintetizarse en el sostenido esfuerzo que hace por emanciparse de la ideología

nacionalista burguesa.

Sería incorrecto hablar de un simple apoyo de los obreros organizados a los gobiernos del MNR, esto porque lo que en realidad se tuvo fue una oscilante y contradictoria lucha de los explotados por acentuar su propia fisonomía frente al control ideológico de la clase dominante, esta vez expresada por los canales equívocos del nacionalismo "antimperialista" y acentuadamente obrerista. Se puede redondear esta cuestión indicando que los sindicatos tenían mucho que ver con el nacionalismo encarnado en los diversos gobiernos y tendencias emeenerristas. Ya hemos indicado anteriormente que el lechinismo, la izquierda del MNR, su expresión más acabadamente obrerista, no era más que la quinta columna nacionalista-burguesa (que a su modo traducía la política de la clase dominante) en el seno del sindicalismo. Pero, nadie puede poner en duda que ese lechinismo, que por su empirismo rudimentario y su inmediatismo casi anarquista está hecho a medida para las necesidades de la política burguesa, es parte integrante e inseparable de la historia del sindicalismo y se puede decir que el grado de liberación de los explotados está señalado por su liberación de la influencia de esta secta movimientista. Lechín constituye la negación misma de la política revolucionaria, lo que se evidencia por su terco apego al nacionalismo (inconfundible expresión de los intereses de la burguesía nacional), aunque éste sea presentado como "obrero", porque también hay una poderosa corriente burguesa en el seno de las filas sindicales.

El gobierno de Tórres, hay que subrayar que en su momento la expresión más izquierdista del nacionalismo burgués (será muy difícil la aparición de una tendencia tan radical de la clase dominante), no tuvo nada que ver con la formación del sindicalismo, muy poco con su existencia diaria y fue del todo extraño con su porvenir. El movimiento obrero y el torrismo, en éste se concretizó la amorfa y capitulante "izquierda nacional", no tuvieron nada en común, no coincidieron en momento alguno y el régimen nacionalista, pese a sus deseos, no alcanzó a encarnar las aspiraciones proletarias, sobre todo porque éstas aparecieron como objetivos socialistas, es decir, como la negación del nacionalismo más osado. Contradicción y no identidad fue el signo dominante de las relaciones entre la clase obrera y el gobierno nacionalista.

El mismo Tórres creía que su destino no era otro que el de retomar la política ovandista tan brutalmente interrumpida por el golpe gorila y de esta manera entroncarse en el proceso de la revolución nacional. Durante el gobierno Ovando era ya perceptible la disparidad entre la política de éste y la orientación seguida por el ascenso de las masas que se iniciaba, lo que llevó al gradual y acentuado aislamiento de aquel con referencia a las masas. Tórres heredó de este pasado las tendencias básicas que fisonomizaban al movimiento obrero y contribuyó a su mayor acentuación, no tuvo posibilidades ni fuerza para trastocar esta realidad.

Hemos visto que los trabajadores venían diferenciándose gradualmente como clase en el seno de la nación oprimida, proceso que se concretizó en la diferenciación con referencia al nacionalismo de contenido burgués, inclusive de aquel que ostentaba un matiz acentuadamente izquierdista. Como todo proceso social, no siguió una línea recta y siempre en ascenso, una serie de circunstancias políticas podían interrumpirla. Sin embargo, Tórres no tuvo ninguna posibilidad de introducir profundas modificaciones en lo que apareció como una de las fuerzas más poderosas y subterráneas que se agitaban en el seno de los explotados: la necesidad de ir más allá del nacionalismo capitalista y de luchar por la efectivización de la estrategia tradicional del proletariado.

El radicalismo de la clase obrera venía de lejos y no hizo más que acentuarse gracias a su choque con el débil gobierno burgués nacionalista de Tórres. El hecho de que éste no pudiese manejar a su antojo a ese colosal aparato represivo que es el ejército, esto pese a su condición de Capitán General, determinó en alguna forma su inoperancia frente a las masas que no dejaron de serle hostiles. El destino de Tórres estaba ya contenido en germen en el pasado histórico de los trabajadores.

Cuando estalló la huelga general obrera ya estaba constituido el Comando Político de la Central Obrera y del Pueblo, que agrupó a todas las organizaciones políticas que se encontraban luchando contra la conspiración gorila, de espaldas a los ensayos foquistas que en ese momento tenían lugar. Ese Comando, fiel reflejo del poco desarrollo político que supone el inicio de una movilización de masas, tuvo mucho de impreciso y de falta de una clara orientación ideológica. La gran referencia estaba dada por la Tesis Política adoptada por el cuarto congreso de la Central Obrera, que, pese a sus tremendas contradicciones y a sus ambigüedades, constituía una enunciación ajustada al tradicional radicalismo proletario. El Comando, que bien pronto adquirió gran autoridad para las masas, observó una actitud por demás oscilante con referencia al gobierno Tórres: de una manera general observó una línea crítica y opositora,

traduciendo así la tendencia predominante en el seno de los explotados, pero por momentos se aproximó "críticamente" al nacionalismo y esta postura correspondía exactamente al sentimiento predominante entre la pequeña-burguesía, ansiosa de integrarse al gobierno no importándole en qué forma. Con todo, es por demás sugerente que hubiese aparecido el Comando como síntesis de toda la anterior experiencia de los explotados alrededor del esfuerzo por desarrollar una política independiente.

3 ¿PODIA TORRES LLEVAR AL SOCIALISMO?

A Tórres inicialmente le dio resultados favorables, sobre todo con referencia a la alta jerarquía castrense, la leyenda de que tenía en un puño el control de las masas; como era de esperarse, la leyenda se disipó muy pronto y entonces el ataque de la derecha uniformada, que personificó a toda la reacción, no se dejó esperar. Si hubiera sido real el multitudinario respaldo al nacionalismo, la arremetida gorila se habría tomado más tiempo simplemente.

La maniobra más osada del solitario Tórres consistió en su oferta al Comando Político de otorgarle un tercio de su gabinete, esto en el primer momento, porque luego fue mejorada hasta la sorprendente proporción del cincuenta por ciento. La discusión que se abrió fue importante no sólo por sus implicaciones principistas sino porque puso en claro la situación política que se vivía.

El hecho de que proposición tan tentadora fuese motivo de discusión estaba demostrando que el Comando Político no se identificaba con el gobierno nacionalista, de ser así se habría limitado a designar a las personas que debían integrar el gabinete y en caso de ser evidente el oficialismo de dicha organización es poco probable que se le hubiese cursado invitación parecida. Tórres estaba seguro que incorporando a los representantes del Comité al equipo ministerial, su gobierno se transformaría automáticamente en popular, convirtiéndose en poderosísimo factor de presión sobre el ejército, que no habría tenido más remedio que colaborarle o por lo menos postergar indefinidamente sus trajines golpistas.

En ese entonces, el Comando estaba muy lejos de ser la expresión de las masas y de sus organizaciones de base, su estructura y orientación se definían por la posición que adoptaban las organizaciones políticas, no todas revolucionarias por cierto, entre ellas se encontraban pequeños burgueses y nacionalistas, como el MNR de Siles, por ejemplo, que no tardó en ser expulsado. Se señala este antecedente para poner de relieve la creciente preponderancia de la clase obrera en el panorama político y la extrema debilidad del torrismo que no pudo arrastrar detrás de sí a los grupos y personalidades de la pequeña burguesía politizada. Para la izquierda marxista se trató de fijar las posiciones ideológicas y también de apuntar acerca de la política que debía desarrollar la clase obrera.

La posición proletaria fue formulada con nitidez por el Partido Obrero Revolucionario, que prácticamente timoneó todo el debate, opacando a quienes se colocaron detrás suyo y en clara actitud polémica con el stalinismo (PCB). El planteamiento decía, en síntesis, que a la clase obrera no le estaba permitido colaborar, bajo ninguna condición, en un gabinete burgués, que el Comando sólo podría enviar a sus representantes a un gobierno obrero. Se partía de una clara tipificación del gobierno nacionalista de Tórres como burgués de izquierda, ciertamente que no idéntico al de Barrientos, por ejemplo, pero de ninguna manera identificado con el proletariado o con los intereses de la nación oprimida.

El Comando rechazó participar en el gabinete en una proporción del 33%, lo que ciertamente fue sorprendente si se toma en cuenta la ilimitada ambición que domina en los medios pequeños burgueses y que les empuja a los desvaríos más inesperados. ¿Cómo interpretar esta actitud? Únicamente como el resultado de la poderosa presión de las masas en alza, particularmente de las proletarias. El mérito del trotskismo, en verdad no insignificante, consistió únicamente en haber dado expresión política a esta tendencia. El rechazo se logró después de una áspera lucha con el stalinismo pro-Moscú, que en esa oportunidad expuso abierta y francamente su tesis en favor de la revolución por etapas y del carácter antiimperialista y revolucionario de la burguesía nacionalista. Para el PCB la tarea del momento no era otra que la de cooperar con el gobierno Tórres de manera incondicional y sin esperar ninguna ventaja partidista o en favor de la clase trabajadora. En oposición, el trotskismo formuló la no participación en el gobierno burgués bajo ningún pretexto y a pesar de todas las ventajas y concesiones que pudiese ofrecer.

Cuando le fue planteada al Comando la concesión del 50% de ministros del gabinete, el POR ya no pudo lograr la ratificación de la original resolución de rechazo y por escaso margen se aprobó nominarse una terna para la designación de los colaboradores de Tórres. El trotskismo estaba seguro que este paso era sumamente grave, al extremo de que concluiría desarmando políticamente a la clase obrera y cerrándole el paso hacia el poder. Se sabía por la experiencia histórica y también por la teoría, que los ministros "obreros" concluyen como simples adornos de los gobiernos burgueses y como quintas columnas de la política de la clase dominante, como enemigos jurados de la revolución social. Por estas consideraciones, los poristas ejecutaron una maniobra abiertamente pregonada y destinada a inviabilizar el proyecto de incluir en el gabinete a representantes del Comando Político. Después de una larguísima discusión se acordó que el cupo de ministros asignado a aquella organización sería llenado directamente por ella y no por el Presidente como indica la Constitución Política, debiendo llevar como mandato imperativo las decisiones adoptadas por la organización política cobista; serían revocables en cualquier momento, responsables ante el Comando y percibirían únicamente el salario medio de obrero. Para subrayar la voluntad de que tales portavoces no fuesen asimilados por el gobierno ni por la clase dominante, se dejó sentado que los "ministros" no serían dirigentes políticos de primera fila y menos los componentes del Comando, sino elementos designados por las bases, de manera preferible obreros, los mismos que actuarían asesorados por un equipo de comisarios políticos. En resumen, ya no serían ministros en el sentido tradicional del término.

Pese a que todos comprendían que en el equipo ministerial habían dos o tres puestos claves y que prácticamente determinaban toda la orientación del Ejecutivo, algunos pensaban que tener el 50% de votos en las reuniones de gabinete importaba tener ya el control de todo el aparato estatal. Esta idea errónea fue sistemáticamente combatida por el POR. Un equipo numéricamente considerable de delegados obreros, oficiando de ministros, no podría interpretarse como sinónimo de gobierno obrero, esto porque el aparato estatal burgués quedaba intacto, porque el régimen de la propiedad privada, basamento de toda la sociedad, no había sido tocado, y porque los "ministros obreros" no tendrían más remedio que ajustar sus actos a la Constitución, ley maestra destinada a preservar la permanencia del estado de cosas imperante. El ministerialismo es una desviación aún mucho más grave que el cretinismo parlamentario, esto porque los ministros, según el ordenamiento jurídico, son corresponsables de la política aplicada por el Poder Ejecutivo y porque resulta inconcebible que puedan desarrollar en el seno del gabinete una política opositora desde el punto de vista de la clase obrera.

Tórres al conocer las condiciones previas que había acordado el Comando para el envío de sus candidatos a ministros, se apresuró en hacer conocer que no se incluirían en el gabinete a los portavoces "obreros" porque el alto mando del ejército había amenazado con consumar un nuevo golpe de Estado si persistía el peligro comunista, etc.

Tal fue la máxima concesión que hizo Tórres a las masas y su respuesta dada al Comando permite formarse idea de la verdadera proyección política que daba a aquella. No buscaba subordinarse a los explotados o colocar el aparato estatal al servicio de éstos, como insinúan algunos ingenuos; obró así buscando convertirse en popular y embridar a los primeros.

Según el testimonio de Jorge Gallardo, que se autocalifica cerebro del gobierno Tórres, éste se movió bajo el temor constante de que en cualquier momento las masas pudiesen tomar el poder y buscando controlarlas. Esto explica por qué en los primeros momentos se declaró abiertamente contrario al funcionamiento de la Asamblea Popular, porque -dijo- había nacido al margen de la ley, aunque al final se limitó simplemente a dejar hacer.

Los nacionalistas, stalinistas y los partidarios de la izquierda nacional, sostienen que la táctica correcta en ese entonces debía consistir en plegarse al gobierno Tórres y en integrarlo, para permitir que las masas lo empujasen hacia posiciones avanzadas y algunos llegan al extremo de sostener que así se podría haber llegado de modo seguro al socialismo, lo que habría evitado la dolorosa experiencia del 21 de agosto de 1971. El planteamiento lleva una gran carga de subjetivismo y parece apoyarse en la supuesta buena voluntad de Tórres para encaminarse hacia el socialismo, a condición de contar con el apoyo de la mayoría nacional.

Ese apoyo popular habría asegurado la estabilidad gubernamental del régimen y la ejecución de un amplio plan de reforma dentro del capitalismo, imprescindible para ganar a las masas en favor de las posiciones oficialistas. Pero, el reformismo no es socialismo, sino, más bien, un recurso puesto al servicio

de la conservación del régimen de la propiedad privada. El gobierno Tórres concedió amplias garantías democráticas a las organizaciones sindicales y políticas populares, pero también extendió esos beneficios a la reacción y a los gorilas golpistas. En esta actitud contradictoria tiene que verse, además de los propósitos de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y de la mayoría nacional, la extrema debilidad del nuevo régimen.

Tórres cayó como una experiencia inconclusa, sin que hubiese podido desarrollar a plenitud lo que era ya tendencia en los momentos iniciales de su gobierno. Estuvo condenado a batirse en dos frentes y a maniobrar desplazándose de un extremo a otro, sin haber llegado a ser en momento alguno un verdadero gobierno. Estos frentes no eran otros que la creciente oposición venida tanto del polo imperialista como del proletario y popular. El desarrollo de la situación le llevaba a un frontal choque con la reacción, expresada por el gorilismo, así como con el movimiento de masas en pleno ascenso. Para sobrevivir habría tenido que neutralizar y ganar para sus posiciones a uno de esos polos extraños, cosa imposible en ese momento porque el torrismo no ofrecía ninguna respuesta atrevida y propia a los agudos problemas. El desarrollo total del torrismo sólo podía conducir a la completa capitulación ante el imperialismo y la reacción criolla.

Según la izquierda nacional, el "nacionalismo revolucionario" sería una posición política, propia de las tendencias nacionalistas en los países atrasados y particularmente de los grupos militares. Es evidente que la pequeña burguesía y las organizaciones políticas que genera, no desarrollan una línea política independiente y consecuente pequeño-burguesa, sino que sirven como canales de expresión a los intereses de la burguesía nacional o bien de la clase obrera. En el caso concreto del torrismo, se trató de un movimiento pequeño-burgués timoneado por un militar de humildísimo origen, pero asimilado por su carrera a la clase media, que intentó nuevamente materializar los intereses generales de la burguesía indígena y que pueden resumirse en el afán de lograr el desarrollo capitalista pleno del país. La historia personal de Tórres ejemplifica la afirmación: comenzó como falangista para acabar como nacionalista burgués de izquierda. La política de Tórres fue -repetimos- oscilante en extremo, se desplazó continuamente de las proposiciones burguesas hacia las proletarias y viceversa, debido a su contenido clasista pequeño-burgués. La idea de que en nuestra época, de predominio y destrucción de la economía mundial capitalista, puede haber en los países atrasados una particular política, diferente en extremo tanto del capitalismo como del socialismo, es atribuida como rasgo diferencial a la burguesía nacional, obligada a luchar contra el imperialismo ya apoyarse en las masas explotadas, que está, sin embargo, muy lejos de plantearse objetivos socialistas.

Si se toma en cuenta el contenido de clase del gobierno Tórres, aparece por demás evidente que los revolucionarios (consideramos tales a los que expresan los intereses históricos del proletariado y no únicamente los inmediatos) no podían participar en él, porque esto habría significado nada menos que abandonar el programa del proletariado para pasarse al campo enemigo. La posición radical que se explanó en el Comando Político fue justa y hay que felicitarse de que se hubiese resistido a ser arrastrado por el oportunismo y el arribismo típicos de las agrupaciones pequeño-burguesas.

El problema de que el régimen nacionalista encabezado por el general Tórres tenía la posibilidad o no de transformarse en socialista, planteó y aún plantea un importante problema principista. Si se responde afirmativamente se está partiendo del convencimiento de que el Estado burgués (puede ser que aquel adopte formas democráticas muy generosas) se transforma internamente y de manera gradual en su contrario: en la dictadura del proletariado, salvo que se hubiese descubierto una forma intermedia o diferente a los Estados burgués y proletario.

Si no se olvida que el Estado es la organización política de la clase dominante y, como escribió Lenin, "una máquina destinada a mantenerla dominación de una clase sobre otra", su esencia tiene que ser buscada en el régimen económico que defiende, pues de aquí arranca su naturaleza de clase. Este fenómeno superestructural no puede de ninguna manera ser todo lo contrario de la estructura económica a la que debe corresponder inevitablemente. En el seno del capitalismo o de una economía pre-capitalista no puede estructurarse un Estado Obrero (socialista).

La teoría marxista del Estado enseña que el proletariado no se limitará a tomar en sus manos el viejo aparato estatal burgués para ponerle a funcionar en su beneficio, reacondicionado o no, sino que tendrá imprescindible que destruirlo para poder edificar su propio Estado que nada tendrá que ver con la obra de la burguesía en este terreno. Los órganos de poder de las masas, que aparecen en el período de

las grandes movilizaciones y de radicalización, constituyen el basamento material de ese nuevo Estado.

No hay, pues, lugar a la transformación interna, a través de graduales reformas o de la creciente participación de los socialistas en su seno, en el parlamento, por ejemplo. Si se cae en este grave error, que en la época que estamos analizando es compartido por parte de la izquierda presuntamente marxista y por la llamada izquierda nacional, no puede menos que conducir al ministerialismo, que importa un franco desplazamiento hacia las trincheras del enemigo de clase y el repudio a la estrategia de la revolución y dictadura proletarias. Durante el gobierno de Tórres el ministerialismo presionó poderosamente sobre las organizaciones que se reclamaban de la izquierda y del programa obrero, que, pese a sus tremendas dubitaciones, se mantuvieron dentro de los grandes lineamientos señalados por la Asamblea Popular gracias a la presencia de un belicoso proletariado que tan firmemente pugnaba por efectivizar su liderazgo sobre toda la nación oprimida. Excepcionalmente la izquierda ministerialista (entre la que hay que incluir al stalinismo, cuyo programa menchevique le empuja a colaborar incondicionalmente con los gobiernos burgueses y mejor desde el seno del gabinete, como ha sucedido en 1980), no cayó en la catástrofe y salió de la prueba ostentando el rótulo de revolucionaria.

Dentro de la estrategia proletaria debía descartarse la posibilidad de la transformación interna del Estado burgués timoneado por Tórres en socialista, como resultado de la victoria de la revolución el destino de aquel no era otro que el ser destrozado, lo que no impide que tácticamente se podía marchar junto al nacionalismo torrista en determinadas condiciones y para obligar al fascismo y al imperialismo a retroceder o lograr que perdiesen sus mejores posiciones, etc. Pero una cosa es un compromiso temporal, una coincidencia en ciertas acciones tácticas y otra muy distinta colaborar con la política burguesa nacionalista y llamada "progresista", integrarse al Estado de la clase enemiga.

La tesis en sentido de que el apoyo multitudinario de los explotados al gobierno Tórres lo hubiese transformado automáticamente en revolucionario y en socialista, no es más que una variante del planteamiento de la posibilidad de que el Estado burgués puede transformarse interna y gradualmente en su contrario. Cuando las masas, incluido el proletariado, se suman a un gobierno burgués, aunque sea temerariamente radical, comienzan abandonando su estrategia particular y se pliegan a la política de la clase dominante, traicionan sus aspiraciones más profundas para convertirse en instrumentos de una política que les es totalmente extraña.

Los que alientan la ilusión de que una mayoría socialista en el seno del parlamento podría modificar la estructura de la sociedad no hacen otra cosa que expresar de manera por demás sofisticada la posibilidad de la interna y pacífica transformación del Estado burgués en obrero. El parlamento es parte integrante del Estado, es uno de sus poderes, allí donde efectivamente llega a serlo, por esto que no puede convertirse en instrumento revolucionario y modificar la esencia clasista del aparato estatal. El parlamento más atrevido puede limitar e introducir modificaciones y reformas en el régimen de la propiedad privada, pero no puede sustituir la propiedad privada burguesa (sobre los medios de producción) en colectiva, por ejemplo. El cretinismo parlamentario conduce directamente a la colaboración con la burguesía dueña efectiva del poder.

Las masas cuando pusieron a un lado al gobierno nacionalista de Tórres y atrevidamente plantearon, a través de la Asamblea Popular, la perspectiva de la conquista del poder, repudiaron con toda energía la posibilidad de la transformación interna del Estado burgués en la dictadura del proletariado y por medio de la acción directa se encaminaron a destruirlo. La inoperancia de parte de la izquierda consiste en su incapacidad de sacar todas las conclusiones teóricas y políticas de tan soberbia lección dada por los explotados. Los que se colocan al servicio de la política burguesa están orgánicamente impedidos para aprender de lo que hacen las masas en el período de acentuación de la lucha de clases.

4 TÁCTICA REVOLUCIONARIA FRENTE AL GOBIERNO TÓRRES

Debido a que el gobierno nacionalista de izquierda del general Tórres no tuvo posibilidades de arrastrar a su campo a la clase obrera y a las masas en general, fue posible que la vanguardia revolucionaria pudiese desarrollar, desde el seno mismo de las organizaciones populares, la táctica adecuada frente a tan interesante experiencia burguesa.

La estructuración de la clase y la fijación de la teoría de la revolución, que tanto vale decir, del programa, pasan por el planteamiento de esa táctica revolucionaria, que necesariamente se incorpora al arsenal del proletariado como una conquista valiosa y definitiva, no en vano se refiere a la delimitación de la fisonomía de la clase llamada a transformar estructuralmente a la sociedad.

El marxismo en los países atrasados tiene que resolver el problema de qué actitud observar frente a la burguesía nacional, particularmente cuando ésta se radicaliza, lo que puede permitirle ganar a las masas para sus posiciones y controlarlas políticamente. Esas conclusiones merecían ser aplicadas al caso concreto del gobierno nacionalista de Tórres. No tiene por qué extrañar que el Partido Obrero Revolucionario hubiese sido la única organización marxista capaz de señalar con precisión y toda oportunidad, cuál debía ser la actitud que las masas debían observar frente al gobierno Tórres, pues desde hacía mucho tiempo y partiendo de la aplicación del materialismo histórico para el mejor conocimiento de la realidad nacional, venía desarrollando una política consecuente de clase frente al nacionalismo de contenido burgués. Cuando las condiciones del momento permitieron la posibilidad de dar expresión política a las tendencias más profundas que se agitaban en las masas, la política revolucionaria del trotskismo apareció como la encarnación misma de aquellas.

La ley más general de la revolución en los países atrasados de nuestra época consiste en que el nacionalismo, que bien puede debutar como dirección de las masas y osadamente antiimperialista, pues no en vano se trata de la solución de las tareas democráticas pendientes, no podrá menos que, en cierto momento, realizar un profundo desplazamiento hacia la derecha, hacia las posiciones de la metrópoli opresora. Ese momento está señalado no sólo como una emergencia del período de desintegración del capitalismo que se vive, sino por la presencia militante del proletariado, que no puede menos que formular sus propios objetivos de clase y que instintivamente es ya socialista, negación de la propiedad privada, que le pisa los talones a la burguesía nacional porque busca afanosamente acabar con el fundamento mismo del orden social imperante, que no se detendrá en el camino de sepultar revolucionariamente a su aliada de ayer. La comprensión de este proceso sólo podía darse a través de la debida aplicación de la teoría de la revolución permanente a la realidad nacional, que eso hizo el trotskismo a partir de la Tesis de Pulacayo (1946). Contrariamente la teoría stalinista de la revolución por etapas, que sostiene que en la actualidad los países atrasados sólo han madurado objetivamente (económicamente) para hacer posible la revolución democrático-burguesa (un rótulo apenas encubierto para designar a la revolución burguesa), obliga a la clase obrera a subordinarse a la política de la burguesía, a cooperarla en el llano o el poder, hay que recalcar que esta cooperación significa para el stalinismo subordinación sobre todo.

Si la victoria del proletariado será posible acentuando su independencia de clase (independencia ideológica y organizativa), quiere decir que debe imprescindiblemente diferenciarse políticamente con referencia al nacionalismo de contenido burgués y particularmente de aquel que asume rasgos acentuadamente izquierdistas, esto porque es el que en mayor medida puede desorientar a las masas y arrastrarlas detrás de sus particulares objetivos. La táctica revolucionaria debía, pues, comenzar por esforzarse en acentuar las diferencias clasistas del proletariado con referencia al gobierno Tórres, esto lejos de empeñarse en confundirse con él, de integrarse a su seno. Toda difuminación de los límites entre clase obrera y el nacionalismo burgués no habría hecho otra cosa que poner en serio peligro la independencia de clase, la estrategia revolucionaria del proletariado, pues necesariamente habría significado la subordinación a la política de la clase dominante, que no en vano es la dueña de los medios de producción y ejerce poderosa presión sobre los explotados. El proletariado para rechazar esa presión no tiene más remedio que aferrarse a las ideas revolucionarias, que son heréticas en su esencia. Toda la historia de la clase obrera y que ha sido descrita a lo largo de las páginas de esta "Historia", se puede resumir como el esfuerzo que hace por delimitar con nitidez sus contornos, por diferenciarse enérgicamente frente a las otras clases o dentro del conglomerado de la nación oprimida, diferenciación que forma parte de su conciencia de clase.

No tiene que extrañar que los izquierdistas que propugnaron el apoyo a la política gubernamental del torrismo, muchos de ellos muy tarde, ensayaran afanosamente someterse a la burguesía democratizante entre 1979-1980. En arribos casos el apoyo a la Política burguesa significó simplemente el abandono total de la estrategia del proletariado, por eso dieron tantas volteretas para demostrar que la táctica debía imperar sola, ya sabemos que el resultado no podía ser otro que convertir la táctica en finalidad estratégica.

El proletariado, cuando avanza por el camino de su estructuración como clase, no puede apoyar la política

de los gobiernos burgueses, por muy radicales que estos sean; a fin de poder preservar su independencia de clase, tiene que criticarla, para así demostrar ante las masas de la nación oprimida sus limitaciones, su tendencia a quedarse en medio camino, a capitular ante el imperialismo. No se trata del apoyo crítico, que parte del convencimiento de que la burguesía nacional puede desarrollar con cierta consecuencia una política antiimperialista y revolucionaria, todo para justificar el apoyo de la izquierda y de la clase obrera a esa política, sino de relieves la inviabilidad de la solución burguesa a las tareas democráticas que permanecen incumplidas.

La independencia de clase, que es independencia política, lleva en sus entrañas la posibilidad de que el proletariado desplace del poder a la burguesía, que en su momento se enseñoreó sobre la mayoría nacional, esta tendencia para desarrollarse tiene que acentuar la diferenciación clasista de aquel frente a la política de la clase dominante, la clase obrera tiene que dejar de ser sostén y colaboradora del dueño del Estado. El apoyo crítico, la actitud más atrevida de los que se subordinan a la burguesía, enturbia y distorsiona este proceso.

No se puede apoyar la política de la burguesía y menos confundirse con ella, hay que oponerle la política revolucionaria del proletariado, consecuencia del carácter revolucionario de esta clase, del hecho de que para realizarse como tal debe convertirse en caudillo nacional. Cuando el Partido Obrero Revolucionario y la Asamblea Popular desarrollaron una política propia, nítidamente diferenciada de la del nacionalismo torrista, cuando alentaron la dualidad de poderes, que por ser tal ya constituía un preanuncio de la posibilidad de la estructuración de la dictadura del proletariado, actuaron correctamente y conforme a los objetivos históricos del proletariado, que actuó como portavoz de las masas en general.

Sin embargo, no puede ni debe perderse de vista la diferencia que existe entre nación oprimida (país atrasado o semicolonial) y nación opresora (metrópoli imperialista). Para el proletariado y para su partido, la lucha por la liberación nacional es una tarea que incumbe a la mayoría del país y que debe ser afirmada en todo momento, no les está permitido aliarse con el opresor foráneo para poner en orden la casa, para arreglar el mecanismo de la democracia, por ejemplo.

Todo ataque a la nación oprimida de parte del imperialismo, independientemente de la naturaleza del gobierno que impere en cierto momento (democratizante, nacionalista de izquierda o francamente fascista) debe ser enérgicamente rechazado.

La diferenciación frente al gobierno de Tórres y el desarrollo de una política revolucionaria propia no importaban la identificación con el imperialismo que lo combatía. La línea de conducta invariable fue la de rechazar de manera terminante todo ataque y toda ingerencia imperialista en la política interna. Con todo y hay que recalcarlo, este rechazo de la agresión imperialista no supone identificación con la política del gobierno nacionalista.

Hay que decir con toda claridad que tal política permitió la construcción de la Asamblea Popular como órgano de poder de las masas y, por lo tanto, el planteamiento de la perspectiva de la conquista del poder por el proletariado convertido en caudillo nacional. Ni duda cabe que esta línea de conducta no podía menos que ser totalmente diferente a la formulada por el gobierno Tórres en su propósito de mediatizar a las masas y de someterlas a su control político.

En 1970-71, los diferentes matices de la izquierda no mostraron su verdadero rostro, en alguna forma se mimetizaron en medio de la política desarrollada por la Asamblea Popular, permanecieron agazapados en espera de su cuarto de hora y buscando no quedar aislados con referencia al grueso de las masas. Sólo más tarde y cuando el gorilismo en el poder se desarrolló plenamente, esos pretendidos revolucionarios dieron rienda suelta a su descomunal odio a esa auténtica creación de las masas revolucionarias que fue la organización soviética boliviana y llevaron a términos insospechados su política de apoyo y colaboración con la burguesía democratizante, esta vez en el llano. Los resultados ya los conocemos: empujaron a las masas hacia el polo burgués y pretendieron inútilmente estrangularlas dentro del parlamentarismo.

La política revolucionaria a desarrollarse en el período próximo no podrá menos que partir de la valiosa experiencia de una política independiente por parte de la clase obrera que se vivió durante el gobierno nacionalista de Tórres. El camino de la victoria de los explotados no pasa por la política nacionalista burguesa, sino por la diferenciación de la estrategia proletaria frente a ella y esa fue, en resumen la conducta observada por la Asamblea Popular y el POR frente al gobierno Tórres. Si la izquierda en

general ha renegado de este pasado, a fin de que su capitulación ante la burguesía no ofrezca la menor duda, únicamente el trotskysmo ha asimilado críticamente esa experiencia de las masas y le ha dado un elevado contenido político.